OBISPO DE CARTAGENA

Misa de clausura del Año Jubilar en Monteagudo

22 de noviembre de 2026

Queridos hermanos:

En la primera lectura hemos escuchado cómo Dios reúne a los dispersos y los conduce a la fuente de la vida. Ezequiel anuncia que el mismo Dios se va a preocupar de su pueblo: como pastor, guía, médico, juez, liberador, reunificador... Anuncia así la salvación de Dios al pueblo destruido. Nosotros los cristianos sabemos que esta profecía se ha cumplido perfectamente en Cristo Jesús, en quien Dios se nos ha acercado definitivamente y es impresionante cómo lo presenta san Mateo: «Cuando venga en su gloria el Hijo del Hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones».

La Iglesia nos pide que miremos a Cristo, que él es el que da sentido a toda la historia. Él ha inaugurado el Reino, que sigue ahora en la Iglesia y en la humanidad y marcha hacia la plenitud de amor. La palabra que define a nuestro Señor aparece en estos textos de muchas maneras, pero podemos resumirla en la misericordia.

Será bueno centrarnos en ese estilo de vida, en un verdadero programa de vida cristiana. Y resulta especialmente significativo que, al hablar de cómo debe vivir una comunidad cristiana, la carta de san Pablo a los colosenses termina invitándonos a cantar: «Cantad a Dios, dando gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados». No es una invitación dirigida solamente a quienes tienen buena voz, saben tocar un instrumento o poseen cualidades musicales, no, es una invitación a que toda nuestra vida se convierta en un canto de alabanza a Dios. Se trata de ayudar a la comunidad a rezar, a expresar su fe, a celebrar la esperanza y a elevar el corazón hacia Dios. Por eso, un cristiano necesita cuidar su vida interior. Necesita rezar, escuchar la Palabra, participar de la vida de la Iglesia y alimentar su relación personal con Jesucristo, nuestro Señor.

La invitación que nos hace san Pablo es muy hermosa, pero, al mismo tiempo, muy exigente: «Buscad los bienes de allá arriba, aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra». Es una llamada a alzar la mirada, a no quedarnos atrapados en lo inmediato, en las preocupaciones de cada día, en nuestros intereses o en nuestras pequeñas ambiciones. Nos invita a vivir con un horizonte más grande, con el horizonte de Dios, que Cristo esté presente en el corazón de nuestro ser.

Ser cristiano significa haber descubierto que nuestra vida tiene un sentido, que Cristo ha salido a nuestro encuentro y que merece la pena vivir según su Evangelio. Por eso, no

podemos vivir nuestra fe con desgana, por costumbre o simplemente por cumplir. Estamos llamados a vivirla con ilusión, con alegría y con entusiasmo. San Pablo nos recuerda después algo fundamental: somos «elegidos de Dios, santos y amados». ¡Qué importante es no olvidarlo! Antes de cualquier compromiso, antes de cualquier tarea o responsabilidad, está el amor de Dios que nos ha elegido y nos ha llamado. Os hablo con las preciosas palabras que el Papa León les dijo a los jóvenes en Buenos Aires: «¡Hay un lugar para ti en la Iglesia! Con tus preguntas, tus heridas y tu historia. Esta es también tu casa. No tienes que fingir que todo está bien ni esperar a tener la vida resuelta para acercarte. Y a ti, que crees que ya es demasiado tarde para comenzar de nuevo, quisiera decirte: ¡Bienvenido! Sin importar quién seas o qué hayas hecho, Jesucristo te conoce, Jesucristo te ama y quiere que estés cerca de él».

Y, porque somos amados, estamos llamados a amar. Por eso nos pide que nos revistamos de compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia. Son las actitudes que deben distinguir nuestra vida de cristianos. No basta con decir que creemos en Cristo; tenemos que procurar que se note en nuestra manera de tratar a los demás, de comprender, de perdonar y de convivir, de cantar las glorias de Dios y ayudar a que la gente descubra que a ellos también los está buscando Jesucristo. Para el encuentro con Cristo nunca es tarde, lo ha dicho también el Papa León estos días: «¿Quién te dijo que ya es tarde? (..) Nadie ha caído tan bajo que Cristo no pueda levantarlo. Que nuestras comunidades tengan siempre abiertas sus puertas; que sepan recibir a quien llega con preguntas, auxiliar a quien sufre y acompañar con paciencia a quien busca a Dios».

Es importante recordar, que ser de Cristo es exigente en el amor, por eso, debemos sobrellevarnos y perdonarnos mutuamente, como nos pide san Pablo. No siempre es fácil caminar juntos. Tenemos diferencias, limitaciones y momentos de cansancio. Pero no podemos olvidar que formamos parte de un mismo proyecto: el proyecto de Dios. Y en ese proyecto nadie sobra, todos somos necesarios y todos tenemos algo que aportar. Por eso, san Pablo nos da la clave de todo: «Por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta».

¡Pido al Señor que en esta parroquia de Monteagudo estéis sostenidos por el amor! Que sepáis construir unidad, superar diferencias y trabajar juntos sin buscar protagonismos, sino el bien de todos. Y añade san Pablo: «Que la paz de Cristo reine en vuestro corazón. Sed también agradecidos». Son necesarios los cristianos que transmitan paz, que contagien esperanza, que sepan agradecer y que no se dejen vencer por el pesimismo. Cristianos que, incluso en medio de las dificultades, sigan creyendo que merece la pena vivir, servir y entregarse.

Que la Palabra de Cristo habite en nosotros y que todo lo que hagamos sea en nombre de Jesús. Esta es nuestra gran tarea: que Cristo no sea solamente alguien de quien hablamos, sino alguien desde quien vivimos; que no esté presente únicamente en nuestras celebraciones, sino también en nuestras decisiones, en nuestro trabajo, en nuestras relaciones y en nuestra manera de estar en el mundo.

Queridos hermanos, no estamos llamados a ser cristianos de mínimos, sino cristianos ilusionados, comprometidos y generosos. Dios cuenta con nosotros. Tiene un proyecto de amor y de esperanza para nuestro mundo, y quiere que seamos colaboradores suyos. No dejemos que la rutina apague nuestra fe, que las dificultades nos quiten la alegría o que los desencuentros nos hagan olvidar lo esencial. Levantad la mirada hacia Cristo, renovad

vuestra ilusión y poned lo mejor de vosotros mismos al servicio de los demás. Y haced vuestra la invitación de san Pablo: que todo lo que digáis y hagáis sea en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

Me alegra mucho poder compartir con vosotros este momento tan importante para esta comunidad parroquial que ha tenido la responsabilidad de ser ventana del amor misericordioso para todo el mundo, de ser el faro que ilumina toda la vega desde esta magnífica imagen de Cristo Rey del mundo y de su sacratísimo corazón misericordioso. Dad gloria a Dios, comenzad bendiciéndole cada día, porque nuestro corazón necesita cantar y anunciar dónde está nuestro Señor.

Que nuestra vida sea un testimonio alegre del Evangelio; que nuestras obras hablen de nuestra fe y que quienes se encuentren con nosotros puedan descubrir, a través de nuestra manera de vivir, que Cristo está vivo y merece la pena seguirlo. Amén.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena